

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 448

Madrid, 23 de Agosto de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

VENGA TU REINO



No os preocupe qué habéis de comer ni qué habéis de vestir. Pedid el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será añadido.

«El reino de Dios, en vosotros está».

Reino de amor. Sus criaturas, hijas de un Dios amor, todo amor las unas con las otras. Reino de un Padre creador de mundos exclusivamente para felicidad de sus hijos. Reino de paz. No caben en él humanas minorías esgrimiendo armas terribles, monstruosas, «el impuesto, el salario», sumergiéndose en perenne esclavitud a la inmensa mayoría de los hombres. Reino de alegría, sin lucha de clases, sin luchas de ninguna clase, sin violencia alguna; ni envidias, ni rencores, ni riñas, ni huelgas, ni guerras. ¿Utopía? Utopía y realidad. Alguien lo tiene dicho: utopía de ayer, realidad de hoy; utopía de hoy, realidad mañana.

Los que siempre engañaron a los hombres sus hermanos, les hicieron creer que el reino de Dios lo es de ultratumba, precisamente de ultratumba. Mentira grande. Se puede vivir en él mucho antes de morir. Empieza, si queremos, no sólo en esta vida, sino en este mismo instante. Tiene su puerta abierta para que pueda entrar todo el que quiera. Puerta estrecha, es cierto; pero no por eso menos franqueable.

La única condición para poder pasar, es creer en aquel divino carpintero de Nazaret que dió a los hombres una doctrina de amor, y que por amor a los hombres dió su vida.

¡Creer...! No basta decir «creo». «Creer» es «obedecer». Son muchos los que se llaman creyentes; pocos los que obedecen. Se llenan los templos de fieles que rezan el credo; raro será si entre ellos hay algún obediente.

Obedecer es asimilarse la doctrina de Jesús, cumplir sus mandatos, vivir conforme ordenó, sentirnos plenos de amor hacia todos. El amor llena el alma de paz, y esta paz es el reino de Dios.

Amor engendra amor. Lo natural es ser amados por aquellos a quien amamos; pero no importa si los demás no nos aman; basta con nuestro propio amor para encontrarnos en la paz del divino reino.

Bienaventurados los pobres en espíritu, los que lloran, los humildes, los que han hambre y sed de justicia...

El capítulo V, versículo 3, de Mateo, no proclama pobreza material. No quiere decir que sólo por el hecho de ser pobre, miserable, pordiosero, se tenga ya un huequecito en el reino de Dios. Son muchos los indigentes, ricos en espíritu, ambiciosos de dinero, desgraciados que no llevan resignadamente su pobreza, muy alejados del reino de la dicha, de la paz espiritual, de la felicidad.

Pobre en espíritu es quien reconoce la miseria de su «yo», la imperfección de su alma, la indigencia moral. Si hace esfuerzos por salir de ella, por adquirir perfección, bondad, entrará en el reino, aquí mismo, en este mismo mundo, antes de morir.

Pobre en espíritu quiere decir libre de afán monetario, conformidad con lo que se tiene, no desesperarse cuando se posee poco, no querer más cuando se tiene mucho. Muy triste vida la de aquel que no se amolda a la bienaventuranza. Muy triste, aunque a veces no lo parezca, porque el ansia de querer tener más, no es vida, sino infierno, sea cual sea la posición social del ambicioso.

Es triste la vida del que carece de lo indispensable. Quizá algún día, y sin quizá, cuando la sociedad se cristianice, no se dé este caso. Pero es aún más triste la vida del rico que se empeña en ser más rico. Tremenda la intranquilidad en que viven la mayoría de los especuladores, negociantes y banqueros. Tremenda la cantidad de trabajo, el número de horas en labor, la suma de preocupaciones. ¡Cuántos viviendo en lujosos hoteles, circulando en magnífico «Rolls», con cuantiosas rentas, son, en su ambición, más desgraciados que los pobres peones de albañil!

No es vivir intentar batir el *record* de la riqueza. Tal intento aleja considerablemente del reino de Dios. Los mayores atrevimientos con que los hombres exponen su vida son, salvo casos de pedantería, por querer tener más. Casi todos los aviadores que se pierden, los automovilistas que se estrellan, los toreros que dejan su vida entre las astas, los boxeadores hechos una piltrafa después del *match*, lo son por ambición de dinero. ¡Cuánta intranquilidad la de todos

ellos! ¡Cuánta desesperación en el fracaso!

En cambio, ¡cuánta paz en los que se conforman con lo que Dios les dió, aunque sea poco! Y no quiere esto decir que los hombres deban abandonarse, «echarse al surco». No. Hemos venido al mundo a ganarnos el pan de cada día con nuestro propio esfuerzo. Pero entre el pan «de cada día» trabajado por nosotros mismos con la satisfacción íntima de lo bien adquirido, y la fiebre del mucho tener, sea como sea, casi siempre explotando al prójimo, hay gran distancia: la existente entre la doctrina del mundo y el reino de Dios.

Bienaventurados los de buen corazón, afligidos ante el dolor universal. Toda la historia del hombre es una historia de dolor, gemidos y llanto. Llevamos sesenta siglos de horrores, hecatombes y matanzas. Crímenes individuales, crímenes colectivos, de naciones, de razas. La maldad, la barbarie y el fanatismo empaparon en sangre y lágrimas la tierra que pisamos. Caín deja abundante descendencia. David asesina a Uría para quedarse con su mujer; el mundo es un circo romano, un auto de fe. Han pasado de moda las fieras y la hoguera; pero la esclavitud perdura.

Los que lloran serán consolados. Serán consolados, porque no siempre ocurrirá así; porque la voluntad del buen Dios es que sus hijos vivan felices, que termine el llanto. Ha de cesar, porque el reino de Dios se aproxima, porque es como el grano de mostaza: «la menor de todas las semillas; mas cuando ha crecido, se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas».

Conforme las criaturas se vayan enterando de que el reino de Dios «en nosotros está», de que empieza aquí mismo, de par en par abierto para todos, de lo bien que allí dentro se pasa, de que Jesús llama sin cesar a las gentes, éstas irán entrando poco a poco, hasta que sean multitudes enteras, pueblos y naciones.

Los que lloran serán consolados.

Dichosos los que se dan cuenta de la humana pequeñez, los publicanos que se humillan convencidos de la propia insignificancia y no se atreven a mirar al cielo, los libres de la locura de orgullo,

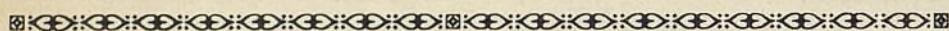
los que no ambicionan escalar las cumbres, conformándose con andar por el mundo a ras de tierra; los que no sueñan con ninguna clase de poderíos, riquezas ni glorias. Humildad es postrarse, arrodillarse, anonadarse, sentir de corazón todo lo poco que somos, lo poco que valemos. Triunfo divino sobre la humana flaqueza. Mansedumbre es soportar sin violencia, alegremente, todas las impertinencias, todas las maldades, todas las persecuciones y expoliaciones de las demás criaturas. Es ganar poco a poco, a fuerza de amor y bondad, el corazón de los podridos, los envilecidos, pervertidos y malvados.

Sin esta humildad no es posible heredar la tierra; no se puede ser miembro del reino de Dios.

Hambre y sed. No es ansia de justicia humana, casi siempre injusticia, sino anhelo de perfección, de santidad, de plena obediencia a Jesús. Anhelo de perfección para nosotros mismos, para los señores del mundo, para los servidores de los señores. Perfección para los opresores, para que dejen de serlo. Perfección para los oprimidos, para que se sientan menos oprimidos.

Hambre y sed de que los hombres sean hermanos, buenos hermanos, no caínes. Hambre y sed de que no se odien, de que se amen, de que no se exploten, ni martiricen, ni riñan, ni se maten. Los que sientan este ansia de amor y justicia, serán satisfechos, porque el reino de Dios se acerca calmando tal hambre y tal sed.

LUIS VILLOAZ.



LA CONVERSIÓN

(DE NUESTRO CONCURSO ACTUAL)

«Cada uno se convierta de su maldad.»

HECH., III, 26.

CONVERSIÓN propiamente dicha es el tránsito de aquel estado en que el hombre es enemigo de Dios e «hijo de ira», al de la gracia y adopción como hijo suyo. Excitado e iluminado por la divina gracia, que es *luz* y *fuerza*, acepta libremente la fe, creyendo ser verdad cuanto Dios ha revelado y se contiene en las Sagradas Escrituras, particularmente que justifica al pecador por la fe, justificación que nos mereció y obtuvo con su vida y muerte, cúmulo de méritos infinitos, nuestro Señor Jesucristo; renovación interior, honda, plenísima, que da derecho a la vida eterna. Es el pensamiento general del Antiguo Pacto, significado por todos los profetas y resumido en aquellas palabras de Malaquías, III, 7: «Tornaos a mí y yo me tornaré a vosotros».

Conversión significa también la transformación religiosa y moral que se realiza, ya en los gentiles que, abandonando la idolatría, se acogen al Cristianismo, ya en los que de Roma se pasan a nosotros o se van de nosotros a Roma, ya, finalmente, en los pecadores que, arrepentidos de una vida mala, proponen sinceramente la enmienda.

Ni en los unos ni en los otros se quita o disminuye la libertad humana, que Dios no teme, pues la ha creado; ni nos la reclama, porque no se arrepiente de sus dones (Rom., XI, 29). La conversión a la fe, como toda conversión, es siempre un acto libre a la vez que gracia divina; pero ni la gracia interior ni la predicación externa, mucho menos la recepción material de los Sacramentos, ni otra alguna de las causas que la engendran, ejercen en la voluntad un influjo fatal que la fuerce y determine.

No he de ocuparme, sin embargo, de todas y cada una de estas conversiones, mi idea capital en este artículo se refiere, precisamente, a aquel fenómeno que se explica sólo por una gracia especial de lo alto que opera en el alma del convertido una transformación inesperada y radical. Escena maravillosa en que entran dos actores: un hijo pródigo y el padre de familias; el pastor y una oveja descarriada; Dios y el alma pecadora; Jesucristo y cualquiera de sus redimidos, supuesto que en su corazón amante, por todos sacrificado, «no se da acepción de personas», como ni en Dios se da (2.º Crón., XIX, 7; Rom., II, 11; Ef., VI, 9; Colos., III, 25; Santiago, II, 1).

Conversión no es hacer prosélitos; pues mientras haya mercaderes de la idea y fondos de la Banca para tan infame empresa, habrá mercenarios en todas las religiones. Ese proselitismo es el nombre disimulado de un negocio bajo, ha dicho un gran pensador; la trata de almas. Todo lo contrario: convertir es arrancar a innumerables del tugurio o el alcázar de disolución para llevarlos felices y convencidos a las catacumbas. Convertir es ofrecer en perspectiva cárceles, fieras, el Coliseo, la hoguera; la pérdida del honor, la confiscación de los bienes y del solar paterno; el martirio, en suma. Convertirse, y más al Evangelio puro, y más en España, es pisotear los respetos humanos y humillar el amor propio, toda vez que aquí como en Judea, hoy como entonces, carga libremente poco envidiable de «fanático» o el sambenito de «hereje», y se echa encima el anatema social quienquiera que se abraza a la *locura* o el *escándalo* de la Cruz. ¡Y decir que de esa sublime tiranía ha vivido y ha de vivir el Evangelio!...

Se necesita, es indudable, una fuerza de lo alto que venga en auxilio de esas

almas, con quienes solemos ser muchas veces, tantas, ¡tantísimas!, aun alardeando de tolerantes y de perfectos, injustos, y cuya reducción sería un éxito para el Evangelio. En estos y parecidos casos convendríamos recordar la siguiente observación de San Agustín, voto en la materia: «Aquellos que ignoran cuánto cuesta, a veces, dar con la verdad, os juzgan con severidad excesiva; pero yo, que estoy al cabo de esto por experiencia propia y que sé lo que valéis, no obstante el extravío, sabré juzgaros con la misericordia y benignidad que merecéis.» ¡Ah! — decía el gran Ozanam —. Se me acusa de que trato con demasiada indulgencia y dulzura a los que no tienen fe. Cuando uno ha pasado por los suplicios de la duda, tiene por crimen tratar con dureza a los infelices a quienes Dios no ha concedido la gracia de creer. Por la cual conducta, juzgándole Lacordaire, «no esgrímia — dice — la espada con toda la energía de que se sentía poseído, temeroso de ocasionar la muerte a algún alma que pudiera vivir aún». Traducen a Cristo, que dijo, tomándolo de Isaías: «La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará hasta que saque a victoria el juicio» (Mat., XII, 20). Evidente; los que no se conducen así, suelen, por su torpeza, malograr no raras veces el triunfo de la divina causa.

Porque, ¿qué significa una conversión de este género, consciente y sincera? para el mundo de los fatuos, para el vulgo de los pensadores clasificados por San Pablo en esta dura frase: «Su dios es el vientre» (Filip., III, 19); para aquel público, siempre numeroso, que aprende filosofía en el club y la digiere y la practica en antros que «hasta nombrar es ilícito»; para esta categoría de jueces el convertido dejó de ser el «superhombre», y ha pasado por sentencia médicosocial de todos ellos a la condición de los «desequilibrados». Huelga añadir que pensar esto es ya el mayor «desequilibrio»; y que decirlo sin pensarlo, como ocurre a cada momento, es una falta de honradez imperdonable.

Pero el hecho en sí, ¿qué supone? Supone la abdicación honrada de todo un sistema especulativo y práctico de vida, para conseguir lo cual ha sido preciso un caudal prodigioso de preciosas energías con que salvar abismos que parecían infranqueables de formación propia, de prevenciones adquiridas y de hábitos contrarios. ¡Ah! Y, sobre todo esto, supone un vencimiento del orgullo, siempre rehacio a la derrota aun ante la evidencia, y resuelto a salir *avante* con el «Yo» por bandera, la lealtad por excusa y por razón el carácter, en lo que hoy le dice a gritos que es malo y falso la conciencia.

¿Cuál momento aquel en que se llega a contemplar claramente la verdad, pero en la ribera opuesta! ¡Cuán contados los que tienen el valor de llegar a ella desafiando la befa de los pequeños, que son siempre «legión», y una vez en esas playas te-

Ayuntamiento de Madrid

CRÓNICA

EN mayor apuro jamás me vi. Una carta fulminante de nuestro querido hermano Cabrera, pidiéndonos unas cuartillas para la *Crónica* del número inmediato, bajo pena de considerarnos, en caso de negativa, reos de incuria y hasta de desafecto al periódico que tanto amamos y... una perplejidad absoluta de nuestra parte, por no saber qué decir ni qué tema abordar en este preciso momento.

Absortos en nuestras múltiples y gravísimas preocupaciones propias, ni casi nos habíamos apercebido de la existencia de periódicos, ni con el calor asfixiante de estos días, que nos tenía más agobiados, apenas acertábamos a leer noticias que pudieran ser comentables.

¿Y qué noticias de interés podría haber para la *Crónica*, en el apogeo de las imperiosas vacaciones del estío? ¿Como no fuese el comentar los viajes triunfales de nuestro digno e infatigable Presidente, o los accidentes, de tan variado resultado, de los grandes vuelos y de los grandes aviadores! Pero de todo esto, que es lo único saliente de la semana, tienen sobrado conocimiento todos nuestros lectores amables, y no es cosa de jalea más estos asuntos, que, por otra parte, no encajan en la índole de ESPAÑA EVANGÉLICA directamente.

Sin embargo, cualquier cosa escribiríamos antes de hacernos sospechosos de indiferencia para con la querida Revista de nuestros ensueños.

Y allá va lo poco sustancioso que se nos ocurre sobre la actualidad:

La Iglesia romana y las modas.

Otra vez el Papa y los obispos, especialmente italianos y españoles, *vuelven a la carga*, tronando contra la inmodestia en el vestir femenino en la época actual, que, al decir del arzobispo de Amalfi, citado en la reciente circular del obispo de Barcelona, «parece que quiere pasar a la Historia con la marca de inmodestia y desenfrenos que hubieran hecho enrojecer a los paganos de las épocas más refinadas y más decaídas»...

Está bien. Duro con las desvergüenzas y las exhibiciones de vestidos hechos «más para mostrar que para ocultar», según frase expresiva del citado arzobispo. Nosotros, los evangélicos, nada tenemos que añadir; porque lo tenemos dicho todo con repetir, como repetimos cuando es el caso, la Palabra de Dios, tan clara y terminante sobre este punto, como sobre todos los de vida cristiana práctica.

Pero otra vez se nos ocurre lo que pensamos siempre que la Iglesia romana clama contra la inmoralidad reinante, sin conseguir otro resultado que el de verla acrecentarse entre los suyos precisamen-

te. ¿Cómo explicar que esta Iglesia, tan poderosa como se cree, que tantos éxitos logra, a juzgar por sus autobombos, en la alta política, en la vida social, en el mundo del dinero, del poder y hasta, como dice, en las mismas clases populares, no consigue en el orden moral y religioso nada práctico y positivo? Porque el contraste es bien acentuado y significativo, sobre todo en países como España e Italia, donde la Iglesia manda como única dueña y soberana; sube, según propia confesión, su prestigio y confianza, aumenta a granel sus adeptos y sus organizaciones. Ligas contra la inmoralidad contra la trata de blancas, contra la blasfemia, contra el lujo, ¡qué sé yo!, se multiplican hasta lo infinito, y en todo lo que crea y dirige cuenta incondicionalmente con gobiernos, con millones, con toda suerte de elementos, y mientras sube en poder y en facilidad de acción esa Iglesia, baja la moral y la decencia, y se paganiza la caridad que tal Iglesia tiene en sus manos más que en las épocas más «refinadas y decaídas» del paganismo...

¿Hay quien pueda explicar tan extraña paradoja? Para nosotros, la explicación, sin embargo, no puede ser más sencilla. Nos la da, entre otras muchísimas que a cada paso se encuentran en periódicos y escritos o discursos católicos, esta ingenuidad de un revistero taurino de un periódico archicatólico: «Otro día clásico de toros es este de la Asunción de Nuestra Señora. Corridas en todas partes...»

Esto, tan sencillito, dicho en periódico que se publica con censura eclesiástica, lo dice todo.

Desengáñese todo el mundo de una vez. Para predicar moralidad y querer cumplirla, es preciso, ante todo, entenderla bien, y luego... dar de ella buen ejemplo; que no es la fuerza de nuestras pasiones ingénitas tan leve que se doblegue ante una palabra más o menos elocuente, aunque sea de un respetable monseñor ni del mismo Papa, hablando *ex cathedra*.

Una iglesia que tiene en el culto a virgenes y santos el más poderoso incentivo para exhibiciones y espectáculos de todas clases; que ofrece en el vestuario tan brillante de los ministros alicientes al lujo y a la inmoderación en el vestir; y en el confesonario un cómodo expediente para el fácil perdón de las culpas, y en ese afán de poder temporal el mejor estímulo para toda suerte de goces materiales, no es ciertamente la más autorizada para llamar a las gentes a un nivel más elevado de moralidad.

Nunca mejor que en el caso de la Iglesia romana, metida a moralizadora, se puede invocar aquello de *Medice, cura te ipsum*...

Lo del asesinato de Obregón.

Aún colea y lo que coleará. No es extraño. Crimen tan abominable como estúpido tiene por fuerza que dar mucho que hablar. La Prensa católica no deja de andar buscando aquí y allá rumores y reticencias para ver de desviar hacia otra parte las responsabilidades de tan execrable delito.

Lo comprendemos hasta cierto punto, pero no en absoluto. Porque la verdad es que lo más digno y prudente en quien está sin culpa es permanecer tranquilo esperando el fallo supremo de la opinión, en vista de lo alegado y probado. Tanta prisa, tanta insistencia en reproducir discursos y declaraciones de huertistas y laboristas mejicanos, un poquito sospechosos, por lo menos, de falta de serenidad. Calma, señores católicos, que el que no tiene coco ni... siquiera impaciencia.

En cambio, los señores obispos mejicanos, representados por el prelado D. Miguel Mora, se han tomado bastante tiempo, más del debido tiempo, para protestar del inicuo asesinato. Tratándose de un presunto autor sedicente católico, los minutos debieron parecerles a los mitrados años y no aguardar a esperar su más enérgica condenación. Después de dos semanas largas de consumado el hecho criminal, es algo más que tardía la protesta en una institución religiosa, la primera obligada a indignarse ante el crimen, por ser religiosa y porque, además, de su seno había salido el criminal.

Pero tardía y todo, sería respetable la actitud del episcopado mejicano si se hubiese concretado su representante a eso... a protestar en nombre de la religión, de la Humanidad y del amor al pueblo y nada más.

Sin embargo, por las referencias periodísticas se ve que el tal documento quiere ser mejor defensa que protesta, y eso no lo repetimos, no procedía en la hora de ahora. Cuando aun está *sub judice* el proceso, cuando oficialmente no está inculpada la Iglesia romana en el asesinato de Obregón, oficialmente la Iglesia romana no tiene por qué defenderse, si no quiere exponerse a que se le recuerde aquello de *excusatio non petita, accusatio manifesta*.

Por lo demás, lo que el señor de la Mora dice: «No porque el asesino *pertenecía a la religión católica se ha de culpar a ésta* de los actos por él cometidos», está de acuerdo con nuestro mismo pensar de leales adversarios, que jamás se nos ocurriría imputar a la Iglesia lo que un miembro suyo hiciese, pero no debe decirse el obispo católico mejicano a sus correligionarios, tan fáciles siempre a achacar, cuando de otros casos distintos se trata, a una institución lo que es culpa de un individuo.

Pero mucho más grave es lo que ese buen obispo añade a renglón seguido: «Teniendo en cuenta la difícil y penosa situación de los católicos de Méjico, des-

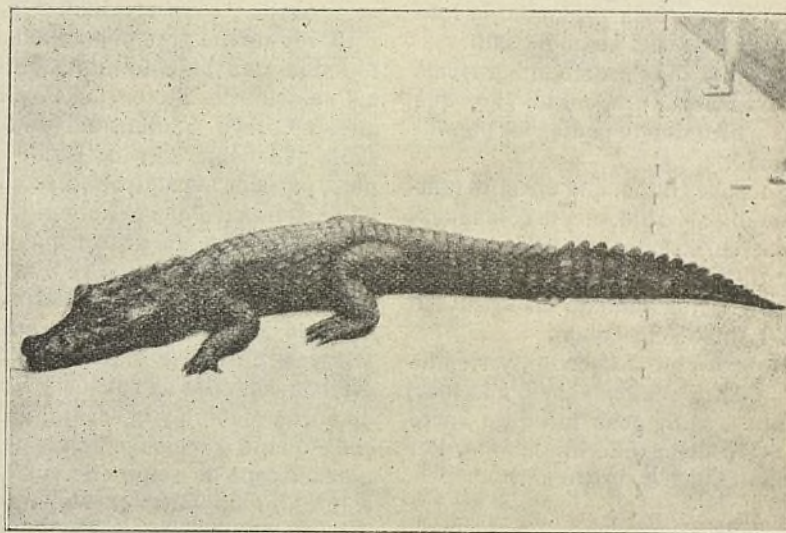
Animales de la Biblia.

EL COCODRILO

Describese con bastante detalle este reptil en el capítulo XLI de *Job*, bajo el nombre de *leviatán*. En otros pasajes bíblicos (*Salm.* LXXIV, 14; *CIV*, 26; *Isaias*, capítulo XXVII, 1) se emplea este mismo

seres útiles a la Humanidad, como el buey y el ícneumón, pero también reconocían cierta divinidad en los animales cuyas costumbres encerraban para ellos algún misterio. El respeto que el cocodrilo les inspiraba, nacía del asombro de ver que un animal tan grande procedía de huevo relativamente pequeño.

Este animal, en efecto, es ovíparo; la hembra pone los huevos en las isletas



EL COCODRILO

nombre, pero es difícil asegurar si se refiere o no particularmente al cocodrilo; siendo más probable que con él se comprendan en ciertos casos todos los animales acuáticos de gran tamaño. Dicese, por ejemplo, en el segundo de los textos mencionados, que el *leviatán* habita en el mar, cosa contraria al género de vida del cocodrilo; téngase presente, sin embargo, que en la Biblia se designa algunas veces el río Nilo, donde el citado animal es harto conocido, con el nombre de mar; y así vemos en *Nahum*, III, 8 que se dice estar situada Tebas junto al mar o teniendo el mar por baluarte.

En el pasaje de *Job*, citado en primer lugar, es donde no puede dudarse de que se trata del cocodrilo, pues si bien en él se habla también de un animal que nada en el mar, las espantosas filas de dientes y los apretados escudos que cubren el lomo, caracteres que hacia la mitad del capítulo se asignan al *leviatán*, no pueden convenir más que al reptil en cuestión. Lo de que su aliento enciende los carbones, según el verso 21, era sin duda entre los hebreos creencia popular, como lo vino siendo en nuestro mismo país hasta bien entrada la edad moderna,

El cocodrilo abunda todavía en el Nilo, aunque no tanto como en los tiempos antiguos, cuando en ciertas localidades de Egipto se le prestaba adoración, consagrándolo al dios Sebak y criándolo con gran esmero en un templo situado en la ciudad de Ombos, que los griegos llamaron Cocodrilópolis o «la ciudad de los cocodrilos». Los antiguos egipcios veían algo místico y sobrenatural en todos los

arenosas y los entierra en la arena calcinada por el sol, permaneciendo siempre cerca para desenterrarlos en cuanto los pequeños cocodrilos rompen el cascarón. Recién nacidos, los cocodrilos parecen lagartos por lo pequeños; pero crecen relativamente pronto, y llegan a alcanzar muchos años de vida. Cuando son viejos, no es raro que midan de cuatro a seis metros de longitud. Se alimentan de carne, sorprendiendo, con este motivo, a los animales cuando van a beber, y también a las personas que se están bañando o que van a sacar agua del río. Parece que las ovejas tienen poco que temer de estos saurios; los cerdos, en cambio, son sus víctimas favoritas.

En Europa, durante muchos siglos, se han contado del cocodrilo una porción de historias a cual más fabulosa y disparatada. Se decía, por ejemplo, que era un animal de temperamento tan ardiente, que no sólo encendía fuego con el aliento, sino que un trozo de yesca aplicado a su cuerpo ardía inmediatamente. Además, los que esto afirmaban, hacíanse lenguas de la falsía del reptil y de su habilidad para fingir. ¿Quién no ha oído hablar de las lágrimas de cocodrilo?

ANGEL CABRERA

ESTE NUMERO
HA SIDO REVISADO
POR LA CENSURA

de hace dos años, puede tener, aunque se condene, esa exaltación religiosa que conduce a un delito».

Tales palabras, si fueron así escritas, que piadosamente pensando no queremos creerlo, son de una imprudencia increíble en un ministro religioso. Por palabras parecidas, acaso no tan crudas, fueron considerados, bien lo recordamos todos, en otros países, hombres representativos como apologistas e inductores al atentado personal.

AGUSTÍN ARENALES

Enseñando al chico camarero.

Cuando Juan Wesley volvía de Georgia, Norte-América, a su país, pasaba por un período de desaliento y pesimismo. Se sentía desorientado y fracasado. Él mismo lo dice así en su diario:

«Hallándome triste y muy abatido (aunque no podía explicarme por qué) y sin deseo de hablar con ninguno de los que formaban mi pequeña grey, me vino la duda de si no sería mi negligencia una de las causas de mi postración.»

Era el capellán de unas veinte personas que navegaban en el mismo barco.

Aquella noche descubrió el remedio para su abatimiento. La entrada en su diario dice a continuación de lo anterior:

«A la noche, por lo tanto, comencé a instruir al chico encargado de la limpieza de los camarotes, después de lo cual me sentí con mucho mejor ánimo.»

Aquí tenemos una indicación de la peculiar moral del Cristianismo. En todo el mundo es cosa sabida que la actividad es un buen remedio contra la depresión; pero el portador del Evangelio cristiano al buscar una actividad adecuada, parece encontrarla de una manera instintiva en el servicio a la gente más humilde de su vecindad. A sus ojos la escala social no ha sido meramente revisada, sino vuelta de arriba abajo.

Podemos hallar el mismo espíritu en las vidas de casi todos los grandes reformadores y siervos de Cristo. Dice Lutero en su estilo robusto y directo:

«Cuando estoy en el púlpito, resuelvo predicar solamente para las criadas y criados. No subiría un peldaño del púlpito para hablar a Felipe Melancton, a Justus Jonas, o a la Universidad entera.»

Este rasgo del obrero cristiano es una parte de «la diferencia que Cristo ha producido». En el siglo II, el poeta satírico Luciano se reía y mofaba de los cristianos porque visitaban las cárceles y asistían a los afligidos. Y en tiempos muy posteriores, Voltaire, con insufrible aire de superioridad, decía:

«No siento inclinación ninguna a ilustrar a criadas y remendones. Eso se queda para los apóstoles.»

La burla era el mejor elogio, aunque no intencionado, que Voltaire podría haber hecho de aquellos a quienes pretendía ridiculizar.

ESPIGADURAS

Confucio, Buda y Cristo.

Un cristiano chino explicó una vez de una manera muy pintoresca la diferencia que hay entre el Confucionismo, el Budismo y el Cristianismo.

«Yo era — dijo — como un hombre que ha caído en una fosa profunda, la fosa del pecado, de la cual no podía salir.

»Vino Confucio, se asomó al borde, me miró y exclamó: — ¡Ah, necio! ¿Por qué no miraste bien dónde ponías los pies? — y se marchó.

»Vino después Buda, que me miró también y me dijo: — Hijo mío, te compadezco muy de veras, pero después de todo, mereces tu desgracia. Cuando salgas de esa fosa, ten más cuidado en lo sucesivo —. Y también él se alejó.

»Y entonces vino Jesucristo, y viéndome en tan triste situación, bajó a la fosa, me ayudó a salir, puso mis pies sobre una roca y ordenó todo mi camino. Por eso es por lo que soy cristiano.»

El padre de su hijo.

En muchos países del mundo un hombre suele ser conocido como el hijo de su padre. En inglés, la forma de muchos apellidos significa «hijo de Fulano». En castellano tenemos los apellidos acabados en *ez*, que se originaron de nombres propios, significando esta terminación «hijo de». Rodríguez, hijo de Rodrigo; González, hijo de Gonzalo.

En hebreo, el prefijo Ben quiere decir lo mismo: Ben-Hur, hijo de Hur.

Pero hay excepciones muy notables.

Los árabes cambian, a veces, su nombre cuando tienen un hijo. Mahoma fué conocido en cierto periodo de su vida como Abu-Kasom (padre de Kasom); pero murió el niño y Mahoma volvió a usar su primer nombre.

Cuando los papas entran en batalla, descargan sus golpes al grito de: «Soy el padre de Fulano», nombrando cada guerrero a su hijo.

En estos casos, tenemos el reverso de lo normal; el hombre quiere darse a conocer, no como hijo de su padre, sino como padre de su hijo.

Hay un caso parecido en el Nuevo Testamento, que impresiona muy agradablemente a todos los que aman al Señor. Cuando San Marcos nos dice cómo lleva Simón Cirineo la cruz de Jesús hasta el Calvario, nos presenta a Simón como «padre de Alejandro y de Rufo». ¿No quiere esto decir que Alejandro y Rufo eran hombres muy bien conocidos en la Iglesia primitiva; tan bien conocidos, que interesaba a los lectores saber que Simón era su padre? ¿No sería que Simón había educado tan bien a sus hijos en la fe de Cristo; que llegaron a ser, más tarde, co-

lumnas en la Iglesia, de modo que él vino a ser conocido como el padre de sus hijos?

Es un pensamiento conmovedor.

La imagen olvidada.

Un retrato del gran poeta italiano Dante había sido pintado en las paredes de un palacio de Florencia. Por muchos años se creyó perdida tal pintura. Se sabía que había existido en un tiempo; pero, pasados los siglos, no se encontraba persona viva que lo hubiera visto.

Un día llegó un artista que se había propuesto descubrirlo. Fué a la sala del palacio donde la tradición decía que había sido pintado. El local se usaba para almacén de tablas y paja. Las paredes estaban cubiertas de cal sucia. Hizo sacar de allí la madera y la basura, y con mucho cuidado comenzó a quitar de las paredes la capa de pintura de cal. Líneas y colores, escondidos durante largos años, comenzaron a aparecer, hasta que, al fin salió nuevamente a luz el rostro grave y pensativo del gran poeta.

La historia no es tan asombrosa — dice el Dr. H. Van Dyke — como la obra que Cristo vino a hacer en el corazón del hombre: restaurar y sacar a luz la perdida y olvidada imagen de Dios. Viene a nosotros sabiendo que la imagen divina está allí, aunque oculta; nos toca con la fe de que aquella semejanza puede restaurarse. Tener en nuestros corazones la impresión de la naturaleza divina, saber que no hay ser humano en quien no exista tal tesoro escondido, y de cuya alma empolvada no puede Cristo sacar el reflejo del rostro divino, esto es, ciertamente, sentir la dignidad y valor del hombre.

No lo vuestro, sino vosotros.

Cuando Roma iba extendiendo sus conquistas por las provincias vecinas del Lacio, una de aquellas regiones, amenazada por el ejército invasor, envió embajadores con valiosos regalos al jefe de las tropas, Quinto Fabio, con la esperanza de persuadirle de este modo a que se alejara. Pero el altivo general romano contestó: «No vengo buscando vuestros bienes, sino a vosotros». Su objetivo era nada menos que el de apoderarse del pueblo mismo. Su riqueza no le interesaba.

Las mismas palabras: «no busco vuestras cosas, sino a vosotros», fueron dichas por otro hombre en circunstancias muy diferentes. Escribiendo a la Iglesia de Corinto, el apóstol Pablo expresaba su deseo de no ser carga a los cristianos de aquella ciudad. No quería que sus hijos

en Cristo se sacrificaran por él. Si les hacía una visita, como les anunciaba, quería hacerla a sus propias expensas. Aunque conocía la enseñanza de su Maestro, de que el obrero es digno de su salario, juzgaba más prudente en aquel caso especial no ser gravoso a los creyentes. Y la razón que da en el capítulo XII de la segunda Epístola a los Corintios es ésta: «Porque no busco vuestras cosas, sino a vosotros».

Pero ¡qué sentido tan diferente tiene la frase en labios de Pablo al que tuvo en labios de Quinto Fabio! El general romano quería los hombres para subyugarlos al poder de la ciudad conquistadora; este otro ciudadano romano quería a los hombres para hacerlos entrar en el reino de Dios. Ambos despreciaban los bienes puramente materiales, ambos deseaban hombres, pero ¡con qué diferentes móviles!

Información Evangélica.

Nuestros delegados a Praga.

La semana pasada emprendieron el viaje a Colonia y a Praga nuestros queridos compañeros Rdos. Fernando Cabrera y Juan Fliedner, delegados de España a la Conferencia de la Prensa Evangélica que estará celebrándose ya en Colonia y a la de la Alianza Mundial por la paz mediante las Iglesias, que se celebrará muy pronto en la histórica ciudad de Praga. La actualidad mundial da una importancia especial a este congreso, del cual esperamos reseñas muy sustanciosas por nuestros representantes.

★

Una visita.

Hemos tenido el placer de saludar en esta capital al Rdo. V. Leroy David, director del Instituto Bautista de Barcelona. Después de visitar la obra bautista en Madrid, ha marchado, en compañía del pastor D. Julio Nogal, a Albacete y a Valencia, para tomar parte en las reuniones especiales organizadas por la Unión Bautista Española en esta última capital.

★

A Barcelona.

Nuestro querido amigo D. Adolfo Araujo ha marchado a Barcelona, donde conferenciará con los obreros evangélicos que en aquella ciudad están preparando nueva versión del Nuevo Testamento al catalán.

★

REGISTRO

Bautismos. — Iglesia de El Espíritu Santo. Villavieja. El Domingo, día 12 del actual, por la tarde, se administró el sacramento del bautismo a los niños, Evangelina, hija de D. Delfín Domínguez y doña Eulalia Cardosa; y Celedonio, hijo de D. Ovidio Pérez y doña Clara Martín, Dios los bendiga a todos.

Matrimonio. — Iglesia de Jesús; el sábado 11 de los corrientes, solemnizaron su matrimonio religioso, previo el civil, en el Juzgado municipal de Canillas (Madrid), D. Manuel Mota Sánchez y doña Valeriana Moreno Sevilla. Nuestra cordial enhorabuena.



CAPÍTULO XXIII

LA COMISIÓN DE NORBERTO

Norberto esperó, lleno de ansiedad, el regreso de su padre de la triste misión que le llevara a la casa inmediata, y otro tanto le ocurría a Antonio Calvino, al cual habían referido antes el caso. Al fin llegó De Caulaincourt, diciéndoles:

— Experimento la sensación del que ha pronunciado una sentencia de muerte.

— ¿Lo sabe Bertheliet? — preguntó Antonio.

— Todavía no, pero no podrán ocultárselo. Claudina llora y Margarita no cesa de orar, moviendo sus lívidos labios.

— ¿Y Gabriela, padre, Gabriela? — exclamó Norberto.

— Un objeto inerte no gime ni grita, aunque se le atraviese el corazón. Eso le ocurre a ella.

— Oraremos — dijo Antonio.

— Sí, con todo nuestro corazón. Es lo único que podemos hacer.

— ¿Nada más? — murmuró Norberto en voz muy tenue.

— Mi hermano irá a verlos y orará y les dirá frases de consuelo — observó Calvino, cual si todos los pesares hubieran de ceder ante aquella simpatía.

— Padre — exclamó bruscamente Norberto, rompiendo el silencio después de una breve pausa —. Con tu permiso voy a ir a Sión.

— Déjate de eso, hijo mío — repuso De Caulaincourt con cierta impaciencia —; no es ahora ocasión de bromear.

— Jamás he hablado más seriamente. Estoy decidido, y te suplico que no me lo impidas. Maese Antonio, vos, que tenéis influencia con maese Calvino, rogadle que me envíe a mí con la carta que va a escribirles.

— ¿Exponiendo tu vida?

— ¿Soy yo el único hombre en Ginebra que la expondría en semejante causa?

— Espera hasta que seas hombre.

— Ya lo soy; al menos, en esta ocasión.

— No le hagáis caso — dijo De Caulaincourt, interviendo —. Es un mancebo, un chiquillo.

— Tengo diecisiete años — observó Norberto —, y penséis como penséis so-

bre la legalidad de mi última hazaña, no era, ciertamente, juego de niños — añadió con energía.

— Mi hermano les escribirá, sin duda, por conducto del mensajero que trajo la carta de ellos.

— Seguramente se ha marchado ya, puesto que esa carta estuvo esperando al destinatario unos cuantos días.

— Es una locura — insistió De Caulaincourt —; maese Calvino y toda persona de sentido común lo considerarán así.

— Eso ya lo veré yo mañana por la mañana.

— Norberto — dijo su padre con grave ansiedad —, hasta aquí has sido un buen hijo, a pesar de todas tus faltas, y me has obedecido. ¿Vas a ser ahora obstinado y rebelde?

— Padre, te suplico que me dejes hacer en esto mi voluntad — exclamó Norberto, fijando en él una mirada suplicante y afectuosa —. Hay algo en mi corazón que me obliga a ir. Estoy hastiado de la vida aquí; detesto las lecciones; la escuela es horrible para mí desde que Luis dejó de asistir a ella. La predicación, las oraciones... no; creo que no las aborrezco; unas veces, sí; pero otras casi las adoro, como hoy, cuando maese Calvino... hay ocasiones en que creo que significan algo y que voy a concluir «mortificado», «regenerado» y todo lo demás, como otros. Pero después vuelve el hastío y el disgusto, y, si continúo aquí andando por estas tristes calles y oyendo hablar lenta y perezosamente, acabaré por odiarlo todo. Permíteme ir allá y hacer algo, algo para ayudar a Luis, mi amigo.

— No te entiendo — exclamó el padre, sorprendido por aquellas manifestaciones —. Hace un par de días rehusaste las tentadoras ofertas del saboyano; me dijiste que Ginebra era tu hogar, tu patria, haciéndome creer que la amabas. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de tan extraña manera?

— Nada y todo. O mejor dicho, no he cambiado; siempre fui así. En mí hay dos corazones: uno de ellos hablaba entonces; ahora, habla el otro. Pero no es que voy a renegar de Ginebra. Padre, si confías en mí y me dejas ir a Sión, bendiciéndome, volveré siendo fiel y trayendo conmigo lo que voy a buscar. Si no confías en mí, iré también, aunque en ese caso no digo nada de mi regreso.

El semblante del muchacho exteriorizaba, al hablar así, una decisión nueva hasta para su padre; y Antonio Calvino, pensando que sólo con su padre, a quien tanto amaba, se ablandaría el corazón de Norberto, al paso que podía endurecerlo

la presencia de un tercero, salió silenciosamente de la habitación. Una vez cerrada la puerta, De Caulaincourt observó con gravedad:

— Temo, hijo mío, que has dado lugar al Diablo.

— No, padre — protestó Norberto enérgicamente —. Estoy, por el contrario, luchando con él, procurando vencerle. O tal vez quiera vencerme a mí mismo. No lo sé; sé únicamente que quiero marcharme, ir por el mundo y vivir, trabajar, luchar. El otro día, cuando di una negativa rotunda al valeroso conde que hubiera satisfecho todos mis anhelos, creí que habría vencido yo; pero no fué así. Tan pronto como tuve sujeto a mi enemigo, volvió a saltar y me dominó a mí como a un gigante. Pero ¿qué es él y qué soy yo?

— ¡Oh, hijo mío! ¡Pide a Dios que te guíe, porque yo soy impotente! En todo eso hay más de lo que yo puedo entender.

— Hay más, padre. Y si voy a Lyon será para servir a la Causa que todos vosotros amáis y a maese Calvino; de ahí que sea para satisfacción de todos y mía también. Padre... si me amas ¡déjame ir! Hay algo que me impulsa a ir.

— Hoy y mañana estaré en oración y ayuno, hijo mío.

— Sí, padre; hoy. Mañana me darás tu bendición y licencia para marcharme.

Al día siguiente, entre diez y once de la mañana, Norberto llamó en casa de Bertheliet y preguntó a Margarita si podía ver a la señorita Gabriela.

— Supongo que sí — respondió la anciana sirvienta —. La niña hace su trabajo como de costumbre. No ha derramado una lágrima. ¿Lo sabe ya maese Bertheliet?

— Sí. ¿Cómo podíamos ocultárselo cuando tiene el corazón puesto por entero en la niña y el de ella está destrozado? Entrad, maese Norberto, voy a buscarla.

Casualmente estaba abierta la puerta de la habitación del piso bajo, que servía de almacén al vendedor de frutas exóticas, y Norberto, pensando que si esperaba allí tendría más probabilidades de ver a Gabriela a solas, entró en él. Mientras esperaba, fijó vagamente la mirada en una gran fila de naranjas, de las que los ginebrinos apreciaban mucho, denominándolas agridulces. Pocos días antes él mismo había regateado una en la frutería del Puente; pero ¡qué lejano parecía ya aquel detalle! Levantó la cabeza y vio a Gabriela, que se había deslizado por la puerta y se hallaba delante de él, como una sombra, pálida, con grandes círculos morados debajo de los párpados.

Norberto, que había podido apreciar su heroísmo cuando estuvo a punto de ocurrir lo que tanto temía, tenía el suficiente conocimiento para comprender que aquello no había sido nada comparado con el nuevo suceso, y ese conocimiento le enmudecía, sin poder pronunciar una frase que sirviera de consuelo a Gabriela.

Indicóle silenciosamente un cajón donde podía sentarse; pero ella continuó en pie, en tanto que la expresión de sus pupilas, secas y distendidas, parecía preguntarle: «¿Por qué me has molestado sacándome de las profundidades de mi dolor?»

(Continuará.)



Esfuerzo Cristiano

Paciencia.

Dom. 2 de Septiembre. 2.º Tes., 3, 1-5.

Lecturas diarias.

Lunes . .	Paciencia producida . .	Sant., 1, 1-4.
Martes . .	Paciencia en opresión . .	Sant., 5, 1-7.
Miércoles . .	El gran ejemplo . . .	1.º Ped., 2, 19-25
Jueves . .	La gran necesidad . .	Heb., 10, 32-39.
Viernes . .	Esperando en Dios . .	Sal., 62, 1-8.
Sábado . .	Paciencia de Abraham . .	Heb., 6, 11-20.

Notas de introducción.

La paciencia es quizá la virtud que más necesita ejercitar el cristiano, y éste es un buen motivo para que meditemos acerca de ella. No puede negarse el valor de las otras virtudes cristianas; pero la paciencia es de tal índole, que todos necesitan de su concurso. Ninguna virtud puede concebirse si no la acompaña la paciencia. Cristo es el mejor ejemplo de paciencia, pero no faltan otros personajes de la Escritura en que esta virtud se ejemplifica. Dios es llamado por San Pablo el Dios de paciencia, y el mismo apóstol nos da reglas para ejercitar esta virtud. La presencia de la paciencia es un signo de que tenemos el Espíritu, pues aquella es uno de los frutos de éste. Por último, la paciencia no será tal si no va acompañada de gozo, piedad, fe y templanza.

Ilustraciones.

Las dificultades son montañas hechas con pequeños y negros granos de arena; pero la fe puede remover montañas.

La vida es una escuela de paciencia, y cada día abre una página nueva de su libro de texto. Las lecciones hácense cada vez más fáciles, hasta que a lo último lo vemos todo con claridad.

Los sacos de algodón eran mejor barricada contra los disparos de los cañones antiguos que una empalizada de piedra.

La lucha japonesa, conocida con el nombre de *jijitsu*, es una lección de paciencia, pues consiste en cesar repentinamente de resistir y atacar al rival para vencerle sin oposición por sus mismos esfuerzos que le agotaron las fuerzas.

Temas para pensar.

¿Cuándo deja de ser la paciencia una virtud? ¿Cómo contribuye la paciencia a la alegría de la vida? ¿Cómo podemos acrecentar nuestra paciencia?

Pensamientos.

La paciencia no es considerada como virtud heroica, aunque con frecuencia lo es más que la prueba más palpable de nuestro valor.

Si queréis ejercitaros en la paciencia, privaos deliberadamente de algún placer y fortaleceréis vuestro corazón.

Ayuda mucho a la paciencia el recor-

dar cómo en el tiempo pasado olvidamos pronto los trabajos sufridos.

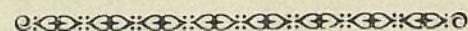
Comparad vuestra vida con la de los más desgraciados que vosotros y aumentaréis la paciencia al considerar vuestra suerte.

Sociedades infantiles.

Un hombre que no tenía quien le ayudase.

Dom. 3 de Septiembre. Juan, 5, 2-7.

La curación del paralítico de Betesda nos enseña que Jesús acudía y acude allí adonde su presencia es necesaria y ha de ser bien recibido. Nos dice lo pronto que está para socorrernos aunque no pidamos su auxilio y nuestra falta de caridad para el prójimo, pues como en aquel caso, hay muchos necesitados que sufren de una u otra manera por no haber quien corra en su auxilio. De las palabras de los judíos podemos colegir cuán necesario es que nos fijemos en el espíritu de la Ley divina si no queremos sacar deducciones equivocadas. Y en cuanto al paralítico, podemos ver que muchas veces nuestros sufrimientos vienen por culpa nuestra, y que si de gran valor es la sanidad del cuerpo, de más valor es la sanidad del alma.



Escuela Dominical

Pablo en Tesalónica.

2 de Septiembre. Hech., 17, 1-12.

TEXTO AUREO: *El principio de tus palabras alumbra.* — Sal. 119-130.

La lectura de las dos epístolas a los tesalonicenses completa el relato de los Hechos acerca de la vida que Pablo hacía en aquella ciudad. Él y su compañero Silas llegaron allí, sufriendo todavía en sus cuerpos y en su ánimo las consecuencias del duro tratamiento y de la afrenta vergonzosa sufrida en Filipos (1.ª Tes., 2, 2), a pesar de lo cual hicieron su obra con gran «denuedo» en medio de gran «combate». Porque Pablo viera que los tesalonicenses necesitaban de un modo especial un ejemplo de actividad y de trabajo, y tal vez por otras razones que ignoramos, se impuso la regla de no recibir auxilio pecuniario de aquellos cristianos, prefiriendo trabajar «de noche y de día» en su rudo oficio de hacer tiendas, para no serles gravoso (1.ª Tes., 2, 9; 2.ª Tesalonicenses, 3, 8). Los Filipenses, en cambio, le enviaron auxilio por dos veces a Tesalónica (Fil., 4, 15, 16). De la solicitud verdaderamente paternal, de la pureza y santidad de su vida, de la benignidad y cariño con que el apóstol trataba a sus convertidos, tenemos una pintura admirable en su propia carta (1.ª Tes., 2, 12). El trabajo misionero comenzó, según la costumbre de Pablo, en la sinagoga de los judíos, donde por tres sábados razonó con ellos, demostrando que las Escrituras anunciaban los sufrimientos del Mesías y que todas las profecías se habían cumplido en Jesús. Algunos judíos creyeron, y muchos griegos prosélitos y mujeres nobles, que en Macedonia gozaban de mayor consideración que en Grecia.

La persecución no se hizo esperar, y vino, como siempre, de los judíos incrédulos, que se valieron de la gente ociosa y maleante de la ciudad. Cuando asaltaron la casa de Jasón, no encontraron a los misioneros, pero llevaron a Jasón y algunos otros cristianos delante de los jueces, con una acusación que nos indica el poder que el Evangelio estaba manifestando dondequiera que era predicado. «Estos hombres que alborotan (o, mejor dicho, que trastornan, que vuelven de arriba abajo) el mundo.» El Evangelio vuelve el mundo de arriba abajo, porque lo encuentra en muy mal estado. Cuando la iniquidad está entronizada, cuando el vicio hace innumerables víctimas, cuando el error florece, el Evangelio viene para echar abajo todas estas fuerzas, y tiene que haber lucha y conflicto. Y lo mismo que se dice de la sociedad, se puede aplicar a la obra del Evangelio en el corazón, desarraigando malas pasiones y motivos, intereses egoístas y mundanos, para implantar en su lugar el amor a Dios y al prójimo.

Los cristianos de Tesalónica, y especialmente los misioneros, eran acusados de traición al Estado, de lesa majestad: una acusación que más adelante llevó millares de cristianos a la muerte. «Dicen que hay otro rey, Jesús.» Los cristianos hablaban de Jesús como Rey. Proclamaban su reino venidero. Enseñaban el deber de todo hombre de someterse al dominio de Cristo. No era cosa fácil para los gentiles comprender que el reino de Cristo era un reino espiritual, y que sus súbditos podían ser buenos ciudadanos de su nación terrena.

Parece desprenderse de la narración que los gobernadores recibieron de Jasón una fianza, que Jasón perdería si se promovía otro tumulto. Esto obligó a los misioneros a salir de la ciudad de noche; y esto parece que fué el obstáculo a que se refiere el apóstol para visitar de nuevo Tesalónica (1.ª Tes., 2, 18).

PABLO: su vida y sus Epístolas

Por el Rdo. H. B. Bardwell

Este libro ha sido escrito expresamente para ser usado en las clases del Colegio Candler, de Cuba. Es obra de un experimentado maestro. Recoge y aprovecha lo mucho que se ha dicho sobre el asunto por los mejores autores. Los instructores de Escuela Dominical encontrarán aquí un auxilio valiosísimo en la preparación de sus lecciones.

En tela, 364 páginas.

Precio, 5 pesetas.

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas

Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

Teléfono 17.933